

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ



FUNDACIÓN
ideas
PARA LA
PAZ

COLOMBIA EN GUERRA EN UNA REGIÓN INGOVERNABLE

Por Joaquín Villalobos

Al hablar de guerras irregulares se suele repetir constantemente que éstas son esencialmente políticas, sin embargo esto no es tan fácil de entender. En los últimos años Colombia ha tenido incidentes con sus vecinos a causa de la guerra contra las FARC y el más reciente ocurrió con Ecuador, pero antes habían sucedido con Venezuela y, de distintas formas, el conflicto constantemente desborda las fronteras hacia Panamá, Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil, Bolivia, México y Centroamérica. Efectivamente hay problemas de presencia, incursiones, redes financieras, abastecimiento, relaciones políticas, etc. Sin embargo la pregunta es si los problemas del conflicto colombiano en la región andina van más allá de interpretaciones ideológicas, conspirativas o militares.

Con excepción de Brasil y Panamá, el conflicto colombiano se ubica en lo que podríamos llamar la crisis regional andina de gobernabilidad. Considerando los niveles de violencia, Colombia pareciera estar en el corazón de la crisis, pero desde el punto de vista de la estabilidad política Colombia está claramente en la periferia del problema. Con Ecuador, por ejemplo, es notable la existencia de una situación asimétrica, ya que en ese país ningún gobierno en la última década ha durado más allá de dos años y el fraccionamiento político y la debilidad institucional son tales, que resulta difícil encontrar interlocutores estables. A esto debemos agregar Venezuela, un país profundamente dividido y polarizado viviendo un período de “ajuste de cuentas” de difícil pronóstico; Bolivia, que además de su larga tradición de inestabilidad, ahora, según algunos, podría encontrarse casi al borde de una guerra civil con ingredientes étnicos, y Perú, un país que apenas está saliendo de cuidados intensivos con su sistema de partidos colapsado.

Además de la pobreza, los rasgos comunes en estos países serían el narcotráfico, la violencia ya sea delictiva o insurgente, la alta conflictividad social, un significativo peso de economías de renta por petróleo, coca o remesas familiares, y finalmente una gran debilidad de los estados en el control de sus territorios. En los 90 se habló de progresos democráticos y éxitos contra el narcotráfico en Perú, Bolivia e incluso en Colombia cuando fueron destruidos los carteles del narcotráfico. Sin embargo, ahora la violencia se recicla, la coca se relocaliza, los carteles se transforman y la inestabilidad política se expande. El tema del narcotráfico es demasiado complejo para resolverlo sin considerar el consumo en los Estados Unidos, pero lo que nos interesa es ubicar el centro de gravedad de los problemas de la conflictividad y gobernabilidad regional.

Colombia es el único país de la región en donde la debilidad en el control del territorio combinada con el narcotráfico derivaron en un conflicto militar y esto atrajo la atención internacional. Sin embargo, Colombia aparece con indicadores políticos positivos en

comparación con sus vecinos. El primero es que a pesar de la guerra, la violencia y las violaciones a los derechos humanos, los militares y el militarismo, no son actores fundamentales de la política como si lo son entre sus vecinos. Segundo, en contrapartida, el poder civil es hegemónico, y tercero, la clase política y el sistema de partidos salieron bien librados de una crisis que ha sido universal en toda Latinoamérica. Los partidos, además de las dificultades para adaptarse a realidades diferentes, fueron confrontados por los medios de comunicación y por unos electores que, ya en democracia, lógicamente demandan resultados a corto plazo. Los organismos financieros internacionales se empeñaron en reformas liberales económicas en el continente y, queriendo o sin querer, se pensó que los partidos y los políticos no importaban, bastaban buenos ministros de hacienda y de economía que aseguraran los ajustes y la estabilidad macroeconómica.

Ese descuido hizo tolerar los problemas de la política argentina, peruana, nicaragüense, ecuatoriana, boliviana, haitiana, etc., hasta que vinieron los colapsos. El reino de los economistas se derrumbó y estos pasaron de vendernos proyecciones económicas de futuro en números, a explicarnos fracasos por política en palabras. Sucumbió así, con errores o sin ellos, gran parte de la clase política ilustrada del continente. La improvisación, el caudillismo, el extremismo y la antipolítica ganaron terreno, la calidad de la competencia y, por supuesto, de los resultados bajaron. En Bolivia se recicló un dictador, en Ecuador un presidente se puso a cantar y lo derrocaron, y en Venezuela, como presagio de lo que se venía, la última elección fue una competencia entre un coronel golpista y una ex miss universo.

Se gastaron así millones en fortalecimiento institucional para que hubiese justicia independiente, descentralización y para que los estados fuesen eficaces, sin embargo la clase política y los partidos, que eran el corazón del problema, siguieron desarrollándose sin plan, sin reglas, de forma silvestre y a lo que saliera. Ahora la región Andina se ha vuelto ingobernable y, en Centroamérica, Nicaragua ya está en crisis, mientras El Salvador, Honduras y Guatemala, atormentados por la violencia, van por el mismo camino. La conclusión es obvia, la primera institución para asegurar la gobernabilidad y la eficacia de la democracia son los partidos y la clase política, sin ellos fallan las instituciones y fracasa todo. Democracias emergentes que requerían una combinación de habilidades para pactar y conocimiento para inventar soluciones a las economías, la seguridad, los conflictos internos, la pobreza, la exclusión y la corrupción cayeron en manos de quienes veían gobernar como un premio y una realización personal y no como una responsabilidad profesional para dirigir una colectividad. Como ejemplo tragicómico de esta realidad cabe citar una pancarta en un poblado de México que textualmente decía: “que se vayan los incapaces y regresen los corruptos”.

Posiblemente Suecia o Gran Bretaña pueden soportar un mal gobierno porque muchas de sus instituciones están consolidadas, pero países pobres y violentos que viven de rentas que vuelven perezosos a sus productores, pueden colapsar con un solo gobierno en malas manos. Mientras la clase política sea intelectualmente pobre y mientras ésta, sin menoscabo de las excepciones, siga saliendo de los cuarteles, las calles o la farándula, en vez de la excelencia de las universidades, la estabilidad será una lotería. La necesidad de ciudadanos cívicamente educados e informados, una clase política ilustrada y partidos

institucionalmente sólidos es el punto fundamental. Aquellos países como Costa Rica, Uruguay, Chile, México, Argentina y Colombia, no sin grandes defectos, riesgos y problemas, están mejor, o menos peor, por sus reservas de masa crítica o experiencia democrática, y en esto podemos ubicar la diferencia de Colombia con su propia región.

Una señal de la buena política es cuando gobiernos de distinto signo partidario se complementan compitiendo y sin proponérselo para resolver grandes problemas. En Colombia los últimos gobiernos se fueron combinando en la solución del problema de la violencia, Gaviria negoció la paz con varios grupos guerrilleros, Samper destruyó a los grandes carteles del narcotráfico, Pastrana, con su política de diálogo, legitimó el uso de la fuerza y Uribe, basado en todos los resultados anteriores pudo usar la fuerza con ventaja e iniciar el control del territorio colombiano. Esto mismo se ha repetido en la alcaldía de Bogotá, donde un alcalde organizó la recolección de impuestos, otro realizó grandes obras urbanas, otro se empeñó en modificar las conductas de los bogotanos y el más reciente está concentrado en temas sociales. La política nacional colombiana está respondiendo bien en el manejo de un conflicto muy complejo. Una revisión rápida de candidatos y partidos para las elecciones del 2006 deja claro que no hay riesgos en el horizonte. La reelección del actual presidente Uribe para un observador externo, es un tema relacionado con la política doméstica, pero no con la continuidad exitosa de la pacificación colombiana.

Sin embargo, ese éxito en la gobernabilidad ha colocado a Colombia frente a su más grande reto histórico: consolidar el Estado a nivel local para asegurar el dominio del territorio y reducir la violencia. Pero para lograr esto es indispensable una política local sana, ya que los riesgos de que las desmovilizaciones de paramilitares deriven en un reciclamiento de la violencia y en un control de los narcotraficantes en los municipios son reales y elevados. Una guerra irregular es esencialmente política, por lo tanto, aunque resulte importante hablar de los escenarios de combate militar y de la necesidad de perseguir a la dirigencia de las FARC, no hay que olvidar que el corazón del problema es que la democracia funcione bien y sin miedo en el campo y en los gobiernos locales.